



**ESTILO
Y NORMA
EL
Caballero
Español**

POR FRANCISCO SINTES OBRADOR

«MUNDO HISPÁNICO» SE HONRA EN OFRECER A SUS LECTORES FRAGMENTOS DEL ENSAYO DE FRANCISCO SINTES OBRADOR «ESPÍRITU, TÉCNICA Y FORMACIÓN MILITAR», DE INMINENTE APARICIÓN, Y AGRADECE VIVAMENTE A SU AUTOR LAS FACILIDADES OTORGADAS PARA PODER DAR ESTE ANTICIPO

Don Ramón Menéndez Pidal dice: «No podemos soñar ningún grupo selecto de Estados feudales que al acabar el siglo xv, ofrezca un carácter histórico semejante al de estos reinos: Castilla, asumiendo desde tiempos del *Cid* la parte principal de la Reconquista, directora de la cultura peninsular, dominadora de las islas de Africa y de América; Aragón con sus empresas de Sicilia, Nápoles y Grecia; Portugal con sus atrevidas exploraciones en Africa, Asia y América. Estos reinicos llenan más sitio en la historia que en el mapa de Occidente, y llega a tiempo en que cuando se reúnen, llenan el mapa, en toda la redondez del mundo y de la Historia.

«Que el particularismo racial cuajase no en ducados sino en reinicos llenos de individualidad independiente, fué lo que más determinó el insólito engrandecimiento de la España unida en el siglo xvi, la cual entonces pudo manejar bajo una sola dirección empresas antes dispersas en el Mediterráneo y en el Atlántico».

Es entonces cuando la cultura española llega a su momento de mayor florecimiento, expresándose en formas, instituciones, sistemas y hábitos de los que todavía el mundo moderno puede extraer ejemplares enseñanzas, pero, fundamentalmente, en un tipo humano—el hidalgo—fruto quintaesenciado de las mejores virtudes hispánicas que, consciente de su papel en el mundo, siente la necesidad de manifestarse en formas de expresión adecuadas a su especial situación, que fueron en él características y han dejado profundamente marcado con el sello de su poderosa personalidad su surco en la Historia.

García Valdecasas recuerda la observación de Cánovas del Castillo en sus *Estudios de problemas contemporáneos*, sobre el hecho de que los españoles, cuyo carácter meridional les hacía alegres, comunicativos, llanos y ligeros, transforman su manera de ser en los siglos xv y xvi, «pues para ejercer el mando sobre el Imperio español hubieron de hacerse serios y graves, y revestirse de dignidad y reposo» y, agrega en una línea de pensamiento totalmente de acuerdo con lo que aquí llevamos dicho: «Creo que más que un cambio sustancial en el carácter español, lo que ocurre en este tiempo es una proliferación y difusión exigida, efectivamente, por el esfuerzo de regir un Imperio, de un tipo de español que existía con anterioridad».

Y para seguir registrando la vigencia de una línea de conducta—de un estilo hispánico—a través de los tiempos, recordemos que la doctrina de las virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, desempeñará después en España un papel de primera importancia en la concepción de la nobleza y de la hidalguía. A ella se incorporan—según García Valdecasas—las virtudes teologales, «acentuándose como virtud esencial, generosa y creadora, la caridad». «¿Qué es noble e nobleza?», pregunta el Victorial, y responde: «Que haya el corazón ordenado de virtudes. El buen caballero virtuoso conviene que sea cauto e prudente, e que sea justo judicante, e que sea atemperado e mesurado, e que sea fuerte e esforzado; e con estas que haya gran fe en Dios, e esperanza de la su Gloria, e que habrá galardón del bien que hiciere, e que haya caridad e buen amor a las gentes».

Menéndez Pidal, en el acabado estudio que realiza del carácter heroico del *Cid*, observa y especifica claramente—sin un deliberado propósito de reducir a virtudes fundamentales el carácter del héroe—su sentido de fidelidad, su nuevo concepto de patria, y su alto y permanente sentido de justicia: «Pues si yo mantengo el derecho en Valencia, Dios me la dejará y si hago mal en ella con soberbia o con injusticia, pienso que me la quitará.» Junto a una cierta altivez y desmaña que le hace fracasar en buena parte de sus negociaciones, como en el pleito con su rey Alfonso, o en sus manejos con Ben Yehhaj o con los Beni Uéyib o en sus negociaciones para la rendición de Valencia destaca una prudente cautela que le hace incluso adelantarse mucho a su época en la valoración militar del secreto...

* * *

Y aquí entramos a tocar un aspecto absolutamente necesario si queremos completar la visión que el tipo humano de selección supone, cual es el del pueblo en que y con qué actúa. Sin el coro no queda realzado el papel principal, que lo es en tanto exista un coro que lo realce. Igualmente, caudillo y pueblo, minoría dirigente y masa, se necesitan mutuamente y el uno supone la inevitable existencia del otro para realce y contraste de la suya propia. Son como el anverso y el reverso de una misma medalla y lo que afecta a uno afecta necesariamente al otro o se relaciona con él... Por ello es natural y conveniente ante una deificación de la masa que está hoy en boga... que inteligencias claras recuerden, como Spengler: «que el inventor de la máquina es el que da la pauta, no el maquinista», y que «si Roma resulta un fenómeno único y maravilloso dentro de la Historia universal, no lo debe al «pueblo romano», que en sí mismo fué, como cualquier otro pueblo, una materia prima sin forma, lo debe a esa clase gobernante que puso al pueblo «en forma» y lo mantuvo en esta situación con o contra su voluntad»...

El español—en virtud de cualidades que se tienen, pero que no se aprenden—muestra desde los primeros tiempos de su actividad histórica, una



extraordinaria sensibilidad a la acción de mando, la necesidad de un convencimiento previo—que nada mejor que la ejemplaridad personal en la conducta del jefe puede darle—para su entrega; pero realizada ésta no tiene tampoco reservas...

Las condiciones especiales de la Reconquista—falta inicial de espacio de maniobra, penuria permanente de medios de acción—determinaron que hasta una fecha considerablemente adelantada—siglo x para Castilla y siglo xi para Aragón—, con la llegada al Duero y al Ebro, no se iniciara la participación de la Caballería y, cuando ésta lo hizo, la tradición de empleo del hombre a pie tuvo que seguirse por la necesidad de contar con la totalidad de los medios disponibles. Por ello y por las especiales características que el feudalismo revistió en España, la participación en la acción guerrera—y consiguientemente en el ordenamiento jurídico y en la vida toda del país—contó siempre, no sólo con la sangre, sino también con el calor y la conciencia del pueblo. La circunstancia de haber llevado Castilla la dirección hegemónica de la Reconquista y de la cultura de la totalidad de España, tuvo también su influencia decisiva en este sentido. Ello explica que la mayor gloria del Arte Militar español coincida con el auge de la Infantería, y es que los infantes que con el Gran Capitán en Italia, y después, con el Duque de Alba o con Farnesio en Flandes o con Hernán Cortés o Pizarro en América, asombraron al mundo, se apoyaban en una tradición, que si no queremos remontar a las tribus, que esparcidas por la Península obligaron a los romanos a un esfuerzo bélico de doscientos años, debemos inexcusablemente fijar en el grito de independencia de Pelayo en Covadonga y valorar por las especiales circunstancias de la Reconquista...

Los últimos frutos de nuestra Edad Media y los primeros de nuestro Renacimiento, en los dos campos de la aventura y de la cultura, en que se manifiesta gran parte de la actividad de los hombres y de los pueblos—defensiva incansable del Occidente contra el Islam, expansión mediterránea, exploración atlántica, colonización de América, Contrarreforma...—producen las condiciones para que este estilo hispánico, que hemos visto brillar en alguno de sus ejemplares más representativos, acabara de encarnar en un tipo humano de selección. Es característico signo de madurez de una cultura la aparición de este tipo selecto, que se deduce y deriva de la cultura misma en forma semejante a como el árbol produce su fruto: con una sencilla naturalidad externa, que encierra, empero, todo un complicado sistema de procesos internos y de amorosos cuidados, de cultivo. *Gentilhomo, cortigiano, junkers, samurai, gentleman, hidalgo...* son esos tipos de selección humana, de cultivo, de cultura. De ellos, el *junkers* y el *samurai* están afectados de una buscada y precisa limitación, son más el producto de una clase o de una casta que de un pueblo...

El *gentleman* y el hidalgo tienen una mayor universalidad, como correspondientes a dos grandes creaciones imperiales. Pero el *gentleman*—como el *gentilhomo*—... «se caracteriza por la exterioridad y el espacio», es un producto formado como de fuera adentro, mientras que el hidalgo, la gran creación española, formado de dentro afuera, está caracterizado por su interioridad, por una fundamental fidelidad—recordemos ahora la «fides hispánica» de que hablara Trogo—no solamente con todo y con todos, sino especialmente consigo mismo, con la norma de vida que considera superior a la vida misma, y que le obliga a ser más hidalgo que nunca cuando está a solas consigo mismo.

¿Cuál es esta norma de conducta? El hidalgo extrae su norma de vida, por un lado, de una tradición caballeresca que hunde profundamente sus raíces en principios, usos y costumbres medievales. Por otro lado, del credo religioso católico, honda y vitalmente sentido. Si en el variable fluir de la historia española han podido darse en más de algún momento fenómenos, como el observado por Menéndez Pidal, de defasaje o de colisión entre dos dimensiones de la actividad humana, como aventura y cultura, no se han producido, en cambio, como características las colisiones entre aventura y contemplación. «La vieja gran hostilidad de la acción y de la contemplación, del castillo y de la catedral», que observa Spengler, no se da en el hidalgo, que une en sí las dos dimensiones, caballeresca y religiosa. De la permanente y dura ejemplaridad a que está obligado, de la equivalencia entre algo por su significado exacto de virtud, del que ésta no es la expresión sola de la fe, sino que necesita de la comprobación constante de las obras realizadas, las cuales se miden, no por el éxito o el triunfo, sino fundamentalmente por el esfuerzo, se deduce toda una manera de ser, todo un estilo español de vida. «Hay en el pensamiento español, dice Valdecasas, como un eje diamantino, inconmovible, que, esquemáticamente, podríamos formular así:

1.º La nobleza no consiste sino en la virtud. Donde haya o pueda haber virtud habrá o podrá haber nobleza. Toda otra condición es secundaria.

2.º La ascendencia noble no arguye nobleza, sino obligación de ser noble, y, a lo más, un crédito de confianza: se espera un noble comportamiento de quien tal ascendiente tiene.

3.º La virtud se prueba por las obras, como por los frutos se conoce el árbol. Por consiguiente, cada cual es hijo de sus obras.



4.º Las obras consisten en la acción esforzada, no en el resultado ni en el éxito.»

La diferencia radical entre el hidalgo y el *gentleman* procede de la actitud de cada uno frente al hecho religioso. Es la expresión de la diferente manera de entender lo religioso de las culturas de que proceden.

El *gentleman* es un producto de la moral del éxito. Caracterízalo, pues, su porte externo, sus maneras correctas—*fine manners*—, su juego limpio—*fair play*—, pero juego al fin y cuya duración será mientras, de verdad, no se juegue nada vital. El hidalgo es nuestro hombre fundamental, el que no queda justificado por la apariencia o el éxito de la obra realizada o de la acción emprendida, sino por la auténtica dirección intencional que la informaba y que, en consecuencia, se preocupa no tanto del parecer como del ser. En vez de maneras, a las que en cierto modo desprecia por externas e inauténticas—«juego de manos, juego de villanos»—tiene estilo, o sea actitud fundamental frente a la vida, y este estilo aun en su exteriorización inevitable, no representa sino el excedente de su fuerza interior, de su fortaleza, que domeñada y templada por su voluntad, se resuelve en externo sosiego. «Sosiego sólo puede haberlo donde hay una gran energía en potencia. Es capaz de sosiego el mar, porque es capaz de tempestades; pero la mísera charca de aguas estancadas, no lo es. Esta imagen nos revela el sentido íntimo del sosiego. A primera vista «sosiego» sólo parece expresar una situación, una exterioridad; pero lo exterior, en todo lo que afecta al hidalgo, es expresión de espíritu, como lo escribiera Castiglione: «*gravità riposata che molto serve la nazione spagnola perche le cose delle estrinsiche spesso fan testimonio intrinseche*».

* * *

Se podrá objetar que la Historia no retrocede, que lo que es válido para una época no lo es para otra, y, por tanto, que de nada sirve fijar la atención en la excelcitud moral de un tipo humano que no puede darse en las condiciones actuales de la vida moderna. Si esto fuera así, verdad absoluta, habría que renunciar a extraer de la Historia cualquier valor de ejemplaridad y se restaría a su estudio una de las mayores fuentes de eficacia vital.

Pero, afortunadamente, no creemos necesario detenernos siquiera en demostrar lo contrario. Siempre ha sido reconocida la Historia como fuente de vida futura, porque todos los hechos entrañan a la vez algo perecedero, producto efímero de la circunstancia, y algo perenne, inmortal, que se verá reproducido en el futuro. Y en la medida que sepamos estudiar el pasado nos pondremos en condiciones de preparar el futuro.

Precisamente, en orden a la cultura, cada vez se acentúa más la apreciación de ese sentido histórico que, por ejemplo, en Spengler, permite buscar paralelismos entre esos grandes entes culturales, como la cultura china, la egipcia, la arábiga o mágica, la antigua o apolínea, y la europea, moderna o fáustica, siguiendo la nomenclatura spengleriana. Si así ocurre con las culturas, análogamente se ha de producir con esos supertipos humanos de selección que ellas producen. Es posible seguir y comparar sus líneas de conducta, así como deducir aquellos de sus elementos imperecederos que, en una u otra forma, podremos ver reaparecer en estadios sucesivos de desarrollo cultural.

Por lo que respecta al hidalgo, contra la posible acusación de anacronismo, queremos citar el testimonio de don Miguel de Unamuno. «España—dice—ha tenido un proceso mucho más homogéneo que se cree, una verdadera continuidad espiritual íntima... Y esta íntima y permanente alma española, si llegó alguna vez a revelación y eflorescencia, fué, sin duda, en el siglo xvi. Hemos progresado mucho desde entonces, seguimos progresando, pero las cualidades que habrán de darnos a los españoles significación y valor históricos universales en el mundo son las cualidades que entonces pusimos de realce, si bien acomodadas a nuevas empresas y a nuevas formas.»

Además, resulta altamente consolador para un español de hoy poder comprobar la pervivencia actual de tipos hidalgos en todo el ámbito de la proyección americana de España, en las antiguas provincias de ultramar del Imperio hispánico, hoy florecientes repúblicas americanas, cargadas de futuro. Por ello, por lo que supone de objetiva comprobación de cuanto llevamos dicho, consideramos útil recordar aquí algunos párrafos de un emocionado artículo de Víctor de la Serna con motivo de la muerte del prócer mejicano don Carlos Rincón Gallardo y Romero de Terreros, Duque de Regla: «Don Carlos era madrugador, cristiano acendrado a quien se veía diariamente en misa de alba, después de haber andado una docena de kilómetros con un paso menudo y fino. Montaba todos los días cuatro horas cuando no había charreada. Porque los días de jaripeo—que él procuraba que fueran muchos—el Duque de Regla, cabalgando su bien conocido *Califa*, montaba al amanecer para descabalgarse sólo en el *Tirón de la Muerte*, suerte de jaripeo en la que, a pesar de sus años, no tuvo nunca rival».

Casi, sin querer, se nos va el recuerdo hacia el hidalgo de la Mancha, que, de creer a Cervantes, era «de compleción recia, seco de carnes, enjuto



de rostro, gran madrugador y amigo de la caza». El paralelismo surge, inevitable, entre esos dos grandes hidalgos españoles y hace del difunto Duque de Regla uno de los hombres más representativos de «esa gran familia caballeresca americana donde se da el hidalgo campero, nieto de españoles, amator delirante de la patria que hicieron sus abuelos y aficionado a esa noble bestia amiga a cuya jineta se han realizado las más estupendas hazañas de la más estúpida estirpe de hombres jamás conocida». Gran familia dispersa a lo largo y a lo ancho de la geografía cordial de la América, escenario de nuestros antepasados, cuyos sucesores, reflejando las peculiaridades nacionales, han dado al viejo tipo de hidalgo español una floración de seguidores—el gaucho, el llanero, el guaso, el charro, el guajiro—, como expresión objetiva y evidente de su pervivencia en América. Así «cuando se quiere decir que un chileno es muy chileno, se dice que es muy *guaso*. Cuando de un cubano, que es muy cubano, que es muy *guajiro*. Cuando de un argentino, que es muy argentino, que es muy *gaucho*. Cuando ahora se quiere decir de un mejicano que es muy mejicano, habrá que decir que es muy *charro*, si es que ya no se dice gracias a quien acaba de morir dejando como herencia nada menos que una estirpe moral, un modo de ser, una caballería, una orden agraria caballística y romancesca en que lo español está presente, funcionando por lo nativo, de una manera medio agresiva, medio nostálgica, igual que está presente en lo gaucho, en lo llanero, en lo guajiro y en lo guaso».

* * *



Realizada la que es, a la vez, la más aleccionadora y más satisfactoria comprobación para un español de hoy, cual es ver el arraigo de su tipo histórico en las tierras de América, importa comprobar ahora si esta objetiva persistencia del tipo hidalgo en todo el ámbito de las tierras hispánicas, a uno y otro lado del Atlántico, es sólo la comprobación de unos restos que sobreviven o entrañan la posible perennidad de virtudes humanas dignas de pervivencia.

El hidalgo, como todos los tipos histórico culturales, es hijo de la carne y del espíritu. En su primer aspecto, su encarnación se produce condicionada por las circunstancias materiales de la época en que ve la luz. El hidalgo nace campesino, y es, regularmente, pobre. «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos», consumía las tres partes de la hacienda de Don Quijote, que pasaba, además, en ocio la mayor parte del año. El hidalgo, más dado a la contemplación que a la acción ordenada, no crea técnica y, consecuentemente, no crea riqueza. Además, desarrolla tradicionalmente sus actividades dentro de círculos cerrados—familia, guerra, política—, fuera de los cuales no considera la posibilidad de una ocupación digna.

Por ello quedó al margen de la gran corriente utilitaria de los tiempos modernos, de la que percibió claramente sus aspectos nocivos, sin darse cuenta de sus posibilidades de bondad. Y este fué su gran pecado, pecado redimible, por el que fué momentáneamente desplazado por el *gentleman*, del que observa agudamente Ortega: «Conviene notar que *gentleman* no es el aristócrata. Sin duda fueron los aristócratas ingleses lo que principalmente idearon este modo de ser hombre, pero inspirados por lo que diferencia al aristócrata inglés de todas las demás clases de nobles. Mientras las demás son cerradas como clases, y además cerradas en cuanto al tipo de ocupaciones a que se dignaban dedicarse—guerra, política, diplomacia, deporte y alta dirección de la economía agrícola—, el aristócrata inglés, desde el siglo XVI, acepta la lucha en el terreno económico del comercio, de la industria y de las carreras liberales. Como la Historia iba a consistir desde entonces, principalmente, en estas faenas, ha sido la única que se salvó, manteniéndose en la brecha de la plena eficiencia. De aquí, que al llegar el siglo XIX crease un prototipo de existencia—el *gentleman*—que vale para todo el mundo». Pero, obsérvese también, que en las circunstancias que condicionan el nacimiento del *gentleman* están contenidos los elementos de su decadencia. «El ideal del *gentleman* llevó, en efecto, a crear una enorme riqueza, y a la vez la supuso. Sus virtudes sólo pueden respirar y abrir sus alas en un amplio margen de poderío económico.» Por eso se pregunta Ortega: «¿Cabe ser pobre y, *sin embargo*, ser inglés? ¿Pueden subsistir sus virtudes características en un ambiente de escasez?» Pero la pobreza que amenaza el mundo hace cada vez más necesario ese conllevar la escasez material, que con tanta dignidad realiza el hidalgo, y esto sólo es posible estando en posesión de su alto nivel de vida espiritual. Por ello, no vemos otro tipo que el hidalgo para hacer compatible un estilo de vida que conserve lo que de estimable existe en las virtudes del *gentleman* y sea a la vez «compatible con la pobreza que inexorablemente amenaza a nuestro planeta», según Ortega. Se trata de un problema de equilibrio entre Técnica y Espíritu. Ya no es dable a nadie vivir desconociendo las realidades materiales del mundo circundante. Pero el pretender vivir exclusivamente atendido a ellas, conduce todavía a peores males que el ignorarlas. Y sólo por una vuelta al Espíritu es posible superar tales males.